

VIRGINIA DUCLER

LOS ZAPATOS DEL AHORCADO

Ediciones
REVÓLVER



LOS ZAPATOS DEL AHORCADO

VIRGINIA DUCLER



Virginia Ducler

Los zapatos del ahorcado

(2015)

4 Narrativa

Diseño de portada: Clémence Kertudo

Fotografía de portada: Francisco Gómez

Diseño de interior: Editorial Revólver

Asesor editorial: Pablo Ferraioli

Booktrailer: Ariel Fernández Verba

Contacto: edicionesrevolver@gmail.com

www.edicionesrevolver.com



Los zapatos del ahorcado de Virginia Ducler
está bajo licencia Creative Commons
Reconocimiento–NoComercial–CompartirIgual
4.0 Internacional License.

LOS ZAPATOS DEL AHORCADO

LOS ZAPATOS DEL AHORCADO

–Disculpe –le dijo Walter al dueño del supermercado mientras éste, de pie en la vereda, oteaba el horizonte a la espera de algún proveedor–, ¿usted no se ahorcó la semana pasada?

–No, que yo sepa...

–Usted es Rodríguez, ¿no? El dueño del supermercado.

–Ahá –asintió Rodríguez.

–Todo el mundo dice que usted se ahorcó. Si incluso supe día y lugar del velatorio... Pero me fue imposible ir. La verdad que lo lamenté mucho. Ya que está le pido mil disculpas...

El dueño del supermercado, sin dejar de otear el horizonte, sonreía. De vez en cuando detenía la mirada unos segundos en Walter, miraba hacia el interior del negocio, y volvía los ojos al fondo de la calle sin fondo.

–Sabe que nunca entendí a la gente que se ahorca. Estuve toda la semana angustiado desde que supe lo suyo...

Rodríguez no contestaba.

–Cuando me lo contaron no lo podía creer. Pero al día siguiente pasé por acá y vi que estaba cerrado por duelo. Entonces me topé con la realidad. Me amargué muchísimo.

Rodríguez callaba.

Walter, mientras hablaba, permanecía de cara al sol y se ponía la mano en la frente, a modo de visera, ya que Rodríguez le llevaba unos diez centímetros, y esto lo obligaba a levantar la cabeza.

El tipo miraba, impaciente, hacia el fondo de la calle. Cada tanto ponía los ojos en Walter unos segundos, y después los devolvía al interior del negocio.

La gente entraba y salía, presurosa, sin verlos, sin esquivarlos siquiera.

–No –prosiguió Walter, siempre con una mano en la frente, a modo de visera, mientras en la otra sostenía la bolsa vacía de los mandados–, le decía que nunca entendí a la gente que se ahorca. Es una muerte espantosa, es morir asfixiado, estrangulado, con la lengua afuera, es morir de desesperación. Siempre pensé que si eligiera ese tipo de muerte lo haría descalzo. ¿Vio que a los ahorcados se les salen los zapatos? Qué cosa rara, ¿no? Como si los zapatos supieran que ya no son necesarios en esos pies, que pasaron a ser completamente inútiles... ¿No cree usted que los zapatos saben?

Rodríguez callaba.

El tipo seguía mirando al fondo de la calle. Una sonrisa, a modo de sutil complacencia, se había quedado adherida a su cara. Cada tanto volvía a mirar a Walter levantando las cejas, volvía a mirar al interior del negocio, y devolvía los ojos al fondo de la calle.

–Digo que “saben” entre comillas. Es una forma de decir. Es una metáfora. No me mire así. ¿No sabe lo que es una metáfora?

Rodríguez callaba.

–Una metáfora es, por ejemplo, decir que uno tiene la soga al cuello cuando tiene muchos problemas reales... Porque la realidad es tan real a veces, tan real, que da náuseas. Justamente cuando la realidad es absolutamente real es cuando surgen las metáforas, como esa que acabo de decir...

Rodríguez callaba.

–¿Qué está esperando? ¿No llegan nunca sus proveedores?

El tipo no respondía. Seguía esperando y mirando el horizonte. Aquella calle era muy transitada. Los autos pasaban a toda velocidad.

Walter, cansado de hablar, se quitó la mano de la frente, agachó la cabeza, y se lanzó a toda carrera debajo de un auto. Rodríguez miró, visiblemente azorado, lo que Walter acababa de hacer.

–¡¡¡¡¡;Noooooo!!!!!! –gritó. Y se abalanzó a socorrer a la víctima.

El tráfico no se detuvo. La gente seguía circulando con total normalidad. Nadie se acercó a curiosear el accidente. Rodríguez, pálido, buscaba a Walter desde el cordón de la vereda. Pero parecía haberse esfumado. De repente oyó una carcajada a sus espaldas. Se volvió. Era Walter, que seguía con el bolso de las compras colgando de una mano. La risa de Walter brotaba incontenible, sonora, loca. Rodríguez lo miraba estupefacto.

–¿Ahora me reconoce? –preguntó, horadando la risa con las palabras, que asomaban entrecortadas–. Esto, lo que acabo de hacer, es lo que se llama hacerse el vivo...

Rodríguez no salía de su asombro.

–Soy Walter, yo me morí el año pasado, me suicidé así, como recién, en este mismo lugar. Todos creen que fue un accidente, pero en realidad me suicidé.

–Sí, ahora me acuerdo. Usted era el marido de Catalina, ¿no?

–Exacto –dijo Walter, todavía agitado por la risa–. Yo sabía que se iba a acordar.

–¿Y cómo puede ser que esté hablando acá conmigo, estando muerto?

–Por la misma razón por la que está usted hablando conmigo, porque los dos estamos muertos...

–¡Ah, claro! Sabe que por momentos me olvido de que estoy muerto. ¿Sabe cómo me doy cuenta? Estoy acá todo el día esperando a los proveedores. Cuando llegan, les hablo y no me escuchan. Pasan de largo sin verme. Entonces es cuando me acuerdo de que estoy muerto. Estoy muerto, digo. Pero es como si lo soñara. Nunca termino de convencerme del todo. La lejanía de los vivos es lo único que me hace tomar conciencia de mi muerte.

Walter callaba. Ahora era él quien miraba hacia el fondo de la calle. Pero hacia el otro lado, hacia el lado al que se dirigían los autos.

–De lo que me dijo antes me gustó lo de la metáfora, eso que surge cuando la realidad es demasiado real... ¿No será la muerte una metáfora también?

Walter no respondía. Seguía mirando hacia el fondo de la calle.

–No, me preguntaba si no será una metáfora de la vida. Cuando la vida es tan vida que ya no se soporta, entonces aparece la muerte como una metáfora, como una emanación de la vida, como el vapor de un plato caliente.

Walter mira los pies de Rodríguez, y nota que está descalzo.

–Debería mirarse los pies. Con eso bastaría para tomar conciencia de su muerte.

Rodríguez mira, a su vez, sus pies.

–Es cierto –dice–. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Los vivos no andan en medias por la calle.

–Creo que no hay nada más real que un par de zapatos, ¿no le parece? –observa Walter.

–Puede ser. Desde que me ahorqué, nunca volví a pensar en ellos... ¿No seré yo mismo una emanación de mis zapatos, una metáfora de mis zapatos?

–Allá viene Catalina –dice Walter–, mi viuda. –Y empieza a caminar hacia ella.

–Pero ella está viva –dice Rodríguez–, no lo va a ver.

–No, acaba de morir hace veinte minutos. Por eso vine al barrio. Vine a buscarla.

–Y, ¿cómo lo supo? ¿Cómo distingue entre los vivos y los muertos?

–Los muertos, cuando nos sabemos muertos, sabemos esas cosas. Y muchas otras cosas que usted ni se imagina –dijo Walter, mientras se alejaba para ir al encuentro de su mujer.

Rodríguez los vio encontrarse y abrazarse. A los pocos segundos desaparecieron misteriosamente.

Rodríguez volvió a otear el horizonte del mismo modo que antes, esperando a los proveedores con impaciencia. Al rato empezó a anochecer.

EL SORTEO

Cuando Walter me dijo que se había ganado una semana para dos en el Sheraton de Paraná, creí que era una broma. Él estaba tan contento... Nosotros no somos pobres, no... Somos modestos, austeros. Casi nunca vamos a cenar afuera. Una vez por mes cenamos en el club Sportivo América, que tiene tenedor libre de parrillada. Es barato y se come bien. En los quince años que llevamos casados, nunca fuimos de vacaciones. Pasamos una semana en Mar del Plata para nuestra luna de miel. Hermoso. Ni él ni yo conocíamos el mar. Todos los años decimos que vamos a volver, pero al final terminamos gastando los ahorros del año en otra cosa. Si no se rompe la heladera, a Walter se le da por cambiar el auto; el año pasado arreglamos todo el baño; el otro murió mi suegro y tuvimos que pagar la mitad del nicho porque el pobre no tenía dónde caerse muerto. Hijos no, no quisimos tener hijos. En una época Walter quería. Yo nunca me decidía porque sé lo que significa un hijo, es algo para toda la vida...

Yo trabajo de encargada en el supermercado del barrio. Él trabaja en un frigorífico desde el año 95. En el frigorífico donde trabaja Walter sorteaban esa semana para dos en el Sheraton, y bueno, se lo ganó él. Y nos fuimos nomás. En el camino paramos en una Esso a cargar nafta, y compramos un termito de telgopor marca

Taragüí, de esos que vienen con la yerba y el mate de plástico transparente. A Walter le pareció carísimo pero no quedó otra porque yo con la ansiedad que tenía me olvidé el equipo de mate en la mesa del comedor.

A Walter no le gusta dejar a la Legrán en lo de mi hermana la Mecha. Él prefería dejarla sola y que venga la Mecha a darle de comer. Pero la Legrán necesita compañía. A mí no me gusta que esté todo el día solita. Walter estuvo todo el viaje diciendo que la Mecha tiene ese perro malo, el dogo, que la puede lastimar, que le va a comer toda la comida, que se va a sentir mal en una casa que no conoce, que se va a escapar...

Cuando llegamos al Sheraton vino un conserje a llevarnos los bolsos. Era todo como en las películas... Tan lujoso todo... Nos tocó la habitación 311, en el tercer piso. Subimos en el ascensor con el conserje y no volaba una mosca. Estábamos mudos los tres. Todos los pasillos alfombrados... ¡Hermoso! La habitación inmensa, con una cama gigante. ¡La heladerita llena de cosas! El baño con yacuzzi. Una locura todo. La ventana de la habitación daba a un jardín divino con pileta, cancha de fútbol, de tenis, todo lo que quieras... Pileta climatizada. Nos quisimos morir porque no habíamos llevado malla. Yo me tiro en bombacha y corpiño, le digo a Walter. Y vos tenés ese bóxer que te regaló la Mecha para navidad, que parece un short... el verdecito, le digo... Walter abrió la heladerita y sacó un champancito chiquito. Ojo, le digo, que me parece que te lo cobran todo lo de la heladerita... No me acuerdo quién me contó que en un hotel de Camboriú,

cuando se fueron tuvieron que pagar una fortuna porque creían que lo que había en la heladera venía incluido. Pero Walter descorchó el champán y lo tomamos juntos sentados en el borde de la cama. El alcohol nos abrió el apetito y fuimos a comer algo al restorán del hotel. El comedor era inmenso pero no había nadie. En realidad no habíamos visto a nadie desde que llegamos; excepto al personal que trabaja en el hotel. La cantidad de comida que había... Unas mesas larguísimas con todo lo que quieras. Podíamos comer hasta reventar. Qué harán con toda esa comida, le digo a Walter. Si no hay nadie. Después de comer nos fuimos a dar una caminata, y ahí fue cuando Walter empezó con el chasquido ese que uno hace con la lengua contra el paladar, como diciendo Qué macana. Dimos una vueltitas por ahí, pero no había mucho para hacer. Volvimos y nos tiramos un ratito en la cama. Yo me dormí enseguida pero al rato me desperté con el maldito tcha. Pará de hacer así, le digo. Pero él estaba como ido, como pensando en otra cosa. ¿Es por la perra?, le digo. No no, dice. Al rato bajamos a la pileta. Hermosa la pileta, calentita... Enorme... A Walter le encanta nadar así que nadó un poquito y yo me quedé en remojo en la parte playa. Hermoso. Toda la pileta para nosotros solos. Él estaba cada vez más raro. En eso me empezó a hablar de la época en que bailaba tango. Porque cuando nos conocimos él bailaba con una chica que era su pareja. Muy exitosos eran. Viajaban, los llamaban de todos lados... Hacían shows... Era buenísimo bailando. Se enamoró de mí, dejó a la chica, dejó el tango, y al poco tiempo empezó a trabajar en el frigorífico.

Entonces agarra y me dice: Yo me tendría que haber ido a Europa... Estaría... tcha... Y ahí empieza otra vez con el ruidito ese. En todos esos días casi no me dirigió la palabra. A la mañana nos levantábamos, íbamos a desayunar, nos sentábamos un rato en el hall del hotel a leer revistas, de ahí un rato a la pileta, después a almorzar... De ahí a dormir una siesta... Después de la siesta al sauna, a la pileta, a bañarse y a cenar. Así fueron todos los días. Al final ya extrañaba mi casa, la perra y tenía ganas de volver. Lo pasamos hermoso. Pero Walter no para de hacer eso con la lengua. Desde ese viaje está raro. A mí ni me habla y a la Legrán no le toca un pelo pobrecita.

LA BOLSA

El 24 de junio, a las 9 de la mañana, mientras daba de comer a las gallinas en el patio, Flora Flores rompió bolsa. Como no sentía ninguna molestia, no se preocupó. A los tres días tuvo contracciones y fue al hospital. El bebé estaba muerto. Está totalmente seco, le dijeron.

A Marcos le impresionó tanto la noticia, que decidió comunicarse con la madre antes de hacer la nota para el diario.

–Es acá –le dijo la enfermera que lo condujo a la habitación.

Había tres camas. En la primera, una mujer muy joven amamantaba a su niña recién nacida. En la segunda, una mujer no muy joven miraba con una sonrisa plácida a un bebé peludo que dormía a su lado. Y en la tercera, que estaba junto a un ventanal, una mujer miraba el cielo con los ojos vacíos.

–¿Usted es Flora? –le preguntó Marcos.

–Sí –dijo ella, y lo miró.

La mujer tenía la piel bastante curtida, de un rosa oscuro, casi magenta, como si toda ella se hubiera metido en agua lavandina; incluso el pelo, desordenado y reseco, tenía esa coloración.

–¿Qué pasa? –dijo ella al ver que Marcos la escudriñaba sin hablar.

–Nada, quería conocerla...

Ella no dijo nada y devolvió los ojos vacíos a la ventana. Él esperó, buscando algún punto del espacio blanco que los separaba para hincar alguna frase.

–Es un lindo día –dijo él, por fin.

Ella no respondió. No parecía triste. Parecía una cáscara vacía.

–¿Cómo fue el parto? –preguntó él.

Ella lo miró incrédula, sin despegar los labios. Él se arrepintió de haber hecho esa pregunta, pero no pudo más que seguir:

–No, pregunto si fue doloroso...

–Sí –dijo ella.

–¿Quiere que le recueste un poco la cama?

–No.

–¿Cómo fue que rompió bolsa y no se dio cuenta?

–¿Y a usted quién le dijo que no me di cuenta?

–Pero ¿usted sabía que tenía que ir corriendo al hospital?

–Sí, no, no sé. Sí, antes sabía pero en el momento me pareció que no pasaba nada. ¿No sabe qué hicieron con el cuerpito? –preguntó ella.

–No, no sé, pero le puedo averiguar –dijo él.

–Por favor, porque acá nadie sabe nada. A mí me gustaría enterrarlo. Lo deben tener en una bolsa. ¿Usted me conseguiría la bolsa así me puedo ir tranquila?

–Voy a ver si puedo, voy a tratar –dijo él.

Daba la impresión de que lo único que le preocupaba a la mujer era conseguir esa bolsa. No parecía compungida

por la muerte de su bebé. Ella parecía sentirse robada, burlada por el personal del hospital, porque le habían arrebatado a su bebé muerto. Lo raro era que no hablaba del bebé, sino de la bolsa en la que supuestamente estaría el cadáver. Marcos se imaginaba una bolsa negra, de consorcio.

–Acá todos se lavan las manos. Yo pregunto y nadie sabe nada –dijo ella.

–Bueno, voy a ver si le puedo averiguar, ahora vuelvo –dijo él. Y se dirigió a la administración para preguntar quién había asistido a Flora Flores esa madrugada en el parto. Le dieron el nombre de un médico de guardia.

–¿El feto muerto? –se sorprendió el médico cuando Marcos lo interrogó–. No sé, ¿para qué lo quiere ella? Estaba totalmente seco. ¿Para qué lo quiere?

Marcos insistió en lo importante que era para la mujer ver al cadáver para procesar la muerte.

–Es que no sé, debe estar en un container de basura, en un envase hermético. Pero ahí hay placentas y un par de bebés más que nacieron muertos. Yo no voy a ir a revisar ahí –dijo el médico.

Marcos volvió a la habitación a comunicarle a Flora lo estéril de su empresa.

–No se puede hacer nada –le dijo.

–¿Cómo que no se puede hacer nada? –dijo la mujer, estallando en ira–. ¡Quiero esa bolsa, quiero esa bolsa! ¡No me voy de acá hasta que no me la den!

–Bueno –dijo Marcos–. Tranquilícese que yo se la busco.

Marcos había asumido, ante los ojos de la mujer, el rol de mediador entre ella y las autoridades del hospital. Ya casi había olvidado el motivo que lo había convocado al lugar.

Perdiéndose en el laberinto de gasas, olor a cloroformo, jadeos, bordes de la vida y de la muerte, logró dar con un container de basura. De las cientos de bolsas de nailon herméticamente cerradas que ahí había, tomó una en cuyo interior, a juzgar por el peso y por la consistencia, podía presumirse el cuerpito de un bebé recién nacido.

Con la bolsa en una mano se presentó ante la mujer y le dijo al oído que había conseguido lo que ella quería, que se vistiera sin decir una palabra y que él la acompañaría hasta su casa. La mujer obedeció, impasible. Marcos la esperó afuera de la habitación. Sin hablar, ella se dejó guiar por él a lo largo de los corredores del hospital. Marcos llevaba la bolsa, a medias escondida bajo el brazo. Salieron a la calle y subieron al auto. Marcos le pidió su dirección. Ella se la dio. Vivía en las afueras de la ciudad, en uno de los barrios más pobres.

Marcos había dejado la bolsa en el asiento trasero. La mujer ni siquiera la había mirado.

En el trayecto no hablaron. Lo único que dijo ella fue, a modo de confesión:

–Yo no fui enseguida al hospital porque lo quería tener adentro mío un poquito más...

Marcos no supo qué decir. Miraba el pavimento y nada más. Ella también miraba el pavimento extendiéndose

y perdiéndose con la serie de casitas precarias pegadas a los costados.

–Es acá –dijo ella, sin mirarlo. Después se bajó del auto y esperó.

Marcos giró todo su torso dentro del auto para tomar la bolsa, que estaba en el asiento trasero; después se bajó y miró la casa. Era un cubo gris de cemento apoyado en la tierra reseca. Los lados laterales del cubo no eran compartidos con otros cubos. Todo alrededor de él había aire. Parecía un dado tirado desde un avión. La cara visible del dado estaba perforada por un rectángulo vertical recorrido por un jirón de tela verde que hacía las veces de puerta o cortina, desde donde asomó una mujer gorda y una niña de unos seis años. La mujer gorda se acercó unos pasos mientras se restregaba las manos en un delantal de cocina.

Marcos tenía la intención de quedarse hasta asegurarse de que la bolsa quedara bien enterrada –él no sabía qué había en su interior; ahí podía haber un bebé, una placenta, un riñón, un gato muerto, o dos o tres kilos de matambre en mal estado–. Pero enseguida consideró que no era necesario quedarse, ya que la bolsa estaba herméticamente cerrada, de modo que la única manera de abrirla era desgarrándola. Y Flora, pensó Marcos, no volvería a romper bolsa. Él estaba seguro de que a esta bolsa no la rompería, de que enterraría a su bebé con la bolsa bien cerrada para que el cuerpo del mundo lo acoja en su seno.

CASI NADA

Hace algunos años, un amigo me invitó a una instalación que hacía una chica que había ganado el segundo premio municipal de artes plásticas. En principio rechacé la invitación.

–Dale –insistió mi amigo–, vení, va a haber comida y bebida. Además va a hablar Julio Deluise.

–¿Quién?

–Un crítico de arte muy capo; publicó varios libros.

Finalmente accedí.

La instalación se llamaba “Casi nada”. Era en un sótano y consistía en una botella de vidrio con pedazos de vidrio roto en su interior. La botella estaba de pie en el centro de una mesa de vidrio cuadrada, que a su vez estaba en el centro de una habitación toda blanca. Una chica con guardapolvo celeste barría la sala mientras varias personas, entre ellos un tipo de traje en silla de ruedas con un torso muy pequeño, como comprimido, giraban silenciosamente en torno a la botella como si fuera un muerto. El hombre en silla de ruedas carraspeó con fuerza atrayendo todas las miradas. Yo me sentía muy incómodo, y suponía que la mayoría de los que estaban en ese lugar se sentirían así. Además, mi amigo no había llegado y yo no conocía a nadie. El de silla de ruedas empezó a hablar acerca de la obra, y supe que se

trataba del profesor tan prestigioso de quien me había hablado mi amigo.

Se había hecho un silencio de tumba y el tipo gesticulaba con todos los músculos de la cara como si le doliera hablar. Yo no entendía una palabra porque la dicción era terriblemente dificultosa. Parecía que en un descuido se tragaría la lengua. Los movimientos de su lengua no eran automáticos, sino plenamente conscientes. Su lengua, su saliva, estaban divorciadas de las palabras, lo que le ocasionaba un cansancio mortal. Después mi amigo me explicó que el profesor tenía una enfermedad muy extraña: no tenía saliva. Por eso, a su lado, una persona le hidratava permanentemente los labios con un trapo mojado, mientras con un gotero le iba inyectando agua a través de una comisura.

Entre los sonidos que emitió pude distinguir algunas frases: “intalar en el aire la rotura del vatio”, “trampormar el puro eterior en puro interior roto”, “hater visible la fina capa de lo imbitible por medio de la detrución”. Y de repente dijo: “Hater pedato la nada para que tea algo. Gratia”, y dio por terminado el discurso. El público, unas veinte personas de pie, prorrumpió en un aplauso desaforado.

La chica que barría no había dejado de barrer durante toda la disertación. Poco a poco comprendí que era la autora de la obra. Cuando el público empezó a aplaudir, ella se quitó el guardapolvo y se soltó el pelo.

Antes del segundo premio habían presentado el tercero. Pero yo llegué después. Finalmente presentaron el primer premio. Se llamaba “Capitalismo salvaje”. Era

una enorme escultura en papel maché que representaba a una hamburguesa devorando a un niño.

Después nos invitaron a una mesa muy elegante en donde el público podía tomar champán y comer canapés mientras comentaba la obra. Ahí fue cuando mi amigo me presentó a la artista. Estuvimos charlando amablemente los tres hasta que los invitados empezaron a irse; después fuimos a tomar una cerveza.

A la chica no la vi más hasta la semana pasada. La encontré en la cola del banco. Me costó saber de dónde la conocía, y a ella le pasó lo mismo conmigo. Empezamos a indagar hasta que recordamos aquella noche.

–¿Seguís dedicándote al arte? –le pregunté.

–No tengo tiempo –dijo–. Ahora estudio Administración de Empresas. Me encantaría vivir del arte, pero no se puede. No es soplar y hacer botellas.

Yo sonreí, sin saber si se refería a aquella botella que había ganado el premio, o si había dicho un lugar común porque ella era común.

PEQUEÑA

Durante unos meses estuve viviendo en una pieza de pensión. Yo tenía 21 años y había decidido vivir solo. Mi habitación era un altillo al que se llegaba por una escalera caracol metálica que chirriaba al recorrerla. A la noche, cuando me daban ganas de mear, tenía que bajar la escalera, cruzar el patio y atravesar un pasillo larguísimo para llegar al baño. Como era invierno, esto se hacía duro y tomé la costumbre de mear en un balde. Para que no hiciera olor, lo tapaba con una bolsa de nailon y a la mañana lo tiraba al inodoro.

A la tarde solía sentarme en una silla, a la puerta de mi habitación. Desde ahí veía un retazo de cielo sucio, desprolijo, recortado de un modo basto por las aristas caprichosas de algunas casas vecinas.

La dueña de la pensión se llamaba Marta. No tenía esposo ni hijos. Sólo una perra pequinesa que se llamaba Pequeña. Ahí vivía su madre, una anciana sorda y ciega que parecía brotada de la humedad, a quien solía verse caminar a ciegas con una escoba y un plumero, recorriendo todos los rincones de la casa como si limpiara, cuando en realidad no limpiaba sino que sólo conservaba el hábito. Era una tarea que había hecho durante toda su vida, y sólo esa inercia la mantenía en pie. Como ya casi no tenía fuerzas para levantar el plumero, lo llevaba

como si fuera un perro, delante de ella, a menos de diez centímetros del suelo.

En esa pensión vivían sólo mujeres. Irma, una señora que cocía “para afuera” y había instalado un taller de costura en su cuarto, y una cocinera cuyo nombre no recuerdo. Había otras mujeres a las que casi no veía. Como yo era el único hombre, Marta me había tomado un cariño especial. Y no sé por qué con el tiempo se le metió en la cabeza que yo era el hijo que no había tenido.

Un día me invitó al cumpleaños de Pequeña. También estaba Irma. A la cocinera no la invitó porque, dijo, debía dos meses de alquiler. Tuve que ir. Cómo yo, el hijo que no había tenido, no iba a ir al cumpleaños de su perra. Pequeña tenía un bonete plateado y una guirnalda rosa como collar. Marta había invitado a un “amiguito”, un perro de la calle que solía jugar con ella en la plaza. En el suelo había tendido un mantel con dibujitos infantiles, y sobre él dispuso unos platitos con una gran variedad de golosinas para perros. Para nosotros, los humanos, había café y masas secas. Yo hablaba con mucho cuidado por miedo a dejar entrever que Pequeña, para mí, era un animal. La cumpleañera y su amigo se pavoneaban, ignorando por completo su condición casi humana. Era todo muy extraño.

Yo solía ausentarme de la pensión algunos fines de semana para ir a la isla o a casas de amigos. Un domingo, al regresar por la noche después de una de esas ausencias, Marta me interceptó en el patio. Estaba en bata y pantuflas, muy despeinada y con los ojos desorbitados. El clima era cálido, ya que era fines de septiembre.

–Murió –me dijo.

–¿Quién?

–Pequeña –dijo. Se arrojó a mis brazos y empezó a sollozar.

Por suerte se repuso rápidamente, me soltó, y dijo:

–Murió ayer a la mañana. El cadavercito está en la heladera para que no se descomponga.

La palabra “cadavercito” –nunca había oído la palabra cadáver en diminutivo–, antepuesta a “heladera” y “descomponga”, me pareció espantosa.

–¡Cómo la vas a poner en la heladera! –dije.

–No tenía fuerzas para enterrarla. Te quería esperar para que me ayudes. Desde ayer que no pruebo bocado por no abrir la heladera –dijo–. ¡Sacala de ahí, por favor! –me rogó.

Me encontraba ante la escena más terrorífica de toda mi vida. Abrí la heladera y ahí estaba. Era un bulto en una bolsa de nailon blanca. La tomé en brazos como se toma la carne para el asado.

–Buscá una pala y vamos a enterrarla por ahí, en la plaza –dije.

Tuvimos que caminar casi tres cuadras para llegar a la plaza. Yo cargaba el cadáver. Marta llevaba la pala.

–¡Pobrecita! –clamaba Marta en cada vacío, en cada recodo de la noche.

Cavé la fosa junto a un álamo viejo.

–Sacale la bolsita, querido –dijo Marta–, que no es biodegradable.

Desaté la bolsa y eché a Pequeña en la fosa. Después la fui cubriendo de tierra hasta perderla de vista. En una improvisada ceremonia nos quedamos un rato los dos con el silencio y la mirada en la tierra removida. El silencio duró hasta que Marta dijo, mirándose los pies:

–Se me llenaron de tierra las pantuflas.

Al poco tiempo pude alquilar un departamento y dejé la pensión. De esto hace veinte años. Ya casi no pienso en eso. Pero suelo pasar por el lugar en donde enterramos a la perra, y no hay forma de evitar que irrumpa el recuerdo de la pensión. Esos días extraños están enterrados con los huesos de Pequeña, junto a ese árbol. Y cada vez que paso surge la escalera caracol con su chirrido molesto, el balde, Marta, el cumpleaños de la perra pequinuesa y el pedazo de cielo sucio recortado por las aristas caprichosas de las casas vecinas, en donde pude entrever, por primera vez, algo muy similar a la sensación de estar libre.

IGNACIO Y CRISTINA

a Ezequiel Vottero

- Hoy Ignacio no fue a jugar al ajedrez.
- ¡Qué raro! Hoy es jueves. El jueves pasado tampoco fue... Hacía años que no pasaba esto –dijo Marta, sentándose en una silla para quitarse los zapatos.
- ¿Viste que hoy llegaba la hija mayor, la que vive en Puerto Madryn?
- Sí, ¿ya llegó?
- Al final no vino.
- ¿Y el jueves pasado por qué era que no fue a jugar al ajedrez?
- Porque tenía turno con el gastroenterólogo.
- ¡Ah, cierto! ¿Por qué no vino la hija?
- Porque no consiguió pasaje hasta mañana. Estuvieron toda la tarde esperándola. Cristina había hecho empanadas, y a último momento avisó que llega mañana. Cristina se deprimió y se metió en la cama.
- ¡No es para menos!
- Ignacio se enojó y le tiró todas las empanadas a la basura.
- ¿Por qué las tiró? Si las podían comer mañana...
- Porque se pusieron a discutir... Se enojó y se las tiró. Ahora ella está en la cama.
- Pero son las siete y media de la tarde. Después se va a desvelar... ¿Por qué discutieron? ¿Cómo empezó todo?

–Él le dijo que era una estúpida, que hizo empanadas como para un regimiento. Ella le dijo que el estúpido es él, y que en todo caso se podían comer mañana y pasado. Él dijo que no iba a estar comiendo empanadas una semana...

–¿Y ella qué dijo?

–No me acuerdo...

–¿Cómo no te vas a acordar? Pensá... ¿qué le dijo?

–No me puedo acordar...

–Por favor, hacé memoria... No me vas a dejar con la intriga...

–Emmmm... No me acuerdo...

–¿Por qué no hacés un esfuerzo?... Ayer me hiciste lo mismo... No me podés hacer esto...

Rubén va hacia el cuarto y la ve tirada en la cama boca abajo.

–Mamá, no te enojés... Te prometo que voy a empezar a anotar todo... Lo que no te conté es que él le dijo que ella tenía la culpa...

–¿De qué? –pregunta Marta, girando bruscamente y sentándose en la cama.

–De que la hija sea así. Según él, eso de avisar a último momento es de ella, de Cristina.

–Ellos se pueden dar el lujo de tirar la comida, claro... Qué bien nos vendrían esas empanadas. ¿Qué vamos a comer?

–No sé, ¿pollo al horno? Hay un pollo en la heladera...

–¿Pollo? ¿Otra vez?

–...

–Tiene que haber pasado algo más en todo ese tiempo... Desde las dos de la tarde hasta ahora...

–No no... Se ve que estaba Cristina sola haciendo las empanadas...

–Hoy le dije a mi patrona que no puedo baldear más porque la hernia me está matando... Me dijo que va a tener que buscar una persona más joven... Me tendrá que echar y me indemnizará... Porque me faltan tres años para la jubilación.

Marta enciende el velador, se coloca el almohadón en la espalda, toma el cuaderno y la birome de la mesa de luz, y se pone a escribir lo que Rubén le contó.

Durante la cena, Marta dice que Ignacio está demasiado agresivo últimamente, que lo de las empanadas fue terrible.

–No me gustó lo que hizo... Hacía tiempo que no llegaba a ese punto... ¿Qué van a comer mañana? Porque no creo que Cristina tenga ganas de ponerse a hacer empanadas otra vez...

–Ojalá las cosas se arreglen antes de que llegue la hija...

–Ignacio no se tendría que haber jubilado...

–Vino la hija... Parece que está embarazada... Para festejar pidieron sándwiches por teléfono...

–¿Van a ser abuelos? ¡Qué alegría! Vos nunca me vas a dar esa alegría... Si no te movés de acá... ¿Vino sola o con el marido?

–No tiene marido... Para quedar embarazada fue a un banco de semen... Y me enteré de algo terrible: es lesbiana...

–¡Eso sí que es una sorpresa! ¡Qué pena! ¡Una chica tan linda! ¡Ellos lo sabían o se enteraron hoy?

–Parece que Cristina lo sabía pero Ignacio se enteró hoy.

–¿Y qué dijo?

–Prendió un cigarrillo y le tiró el humo en la cara. La hija le pidió que lo apague, por el bebé. Él dijo que esa es su casa y que hace lo que quiere...

–Mirá, no me cuentes más... –dijo Marta, tapándose la cara con las manos, y se fue corriendo a su cuarto. Rubén la siguió.

Marta se sentó en la cama apoyando la espalda en el almohadón, y se puso a escribir en el cuaderno.

–¿Qué estás escribiendo? Todavía no te conté ni la mitad de lo que pasó hoy...

–No hace falta. Hoy es el último día que escribo... Esto va a terminar mal. Prefiero darle un lindo final a la historia... Voy a poner lo del embarazo, pero ella va a tener marido. Todo como debe ser. Ignacio va a dejar fumar por amor a su nieto.

–¡Qué final más estúpido! No me importa. Yo voy a seguir escribiendo la historia real. No me gustan los finales felices.

Al día siguiente Marta llegó de trabajar y, al ver a Rubén sentado junto a la pared, se fue corriendo a su cuarto sin darle tiempo a que le contara nada.

Al día siguiente pasó lo mismo. Cuando Marta se perdió dentro de su cuarto, él volvió a apoyar el vaso en la pared, y en el vaso apoyó la oreja. Entonces escuchó la voz de Ignacio:

–Cristina, dejá de escuchar a los vecinos... Dame ese vaso, por favor...

–Es que hace dos días que no hablan de nosotros... Creo que Rubén ya no nos escucha... A Marta no le gusta cómo te estás portando... Dice que no tendrías que haberte jubilado. Y tiene razón... Estoy muy apenada.

EL TIEMPO

Ahora el tiempo va a empezar a correr. Va a pasar una semana, dos, va a pasar un mes. Vas a decir ¿recién pasó un mes? Parece una eternidad. ¿Ya un año? Parece que fue ayer.

Pasaste unos lindos días en Buenos Aires, en casa de tu tía. Tenés doce años y viajaste sola en ómnibus por primera vez. Tu papá, tu mamá y tu hermanita te acompañaron a la Terminal. Y el bebé que está en la panza de mamá. Te sentiste grande. Es lindo ser grande. Tus papás te miraban desde abajo y no paraban de saludarte con la mano y de tirarte besos. Vos saludabas desde la ventanilla, contenta de que tus papás miren orgullosos lo grande que estás. Es un colectivo de dos pisos. Vos estás en la parte de arriba. Tu papá está cruzado de brazos y le comenta algo a tu mamá. Los dos sonríen. Tu mamá tiene a tu hermanita de la mano. El colectivo sale a las siete de la mañana. Fueron caminando hasta la Terminal porque está a tres cuadras de tu casa. Papá llevó tu bolso. Vos y mamá llevaban de la mano a tu hermanita. Cada tanto decían a la una, a las dos y a las... treees, la hacían volar y ella se reía.

En el colectivo comiste dos alfajores y una fanta. La tía Susy te esperó en Retiro con tu prima Mora, que te lleva dos años y es divertidísima. Qué lindo. La tía Susy

te abraza fuerte cuando te ve, te da un beso lleno de baba y te dice que estás alta. Pero no importa la baba porque estás tan contenta.

Es jueves. Son los últimos días de vacaciones. El lunes empezás séptimo grado. Séptimo grado ya, uf.

La tía Susy vive sola con Mora, que tiene su apellido, el mismo que el tuyo. Dice tu papá que no se sabe quién es el padre de Mora. ¡Cómo no se va a saber! Es difícil creer eso.

El departamento es lindo y está en una calle con muchos árboles. Tu calle de Rosario también tiene árboles, pero los de Buenos Aires son distintos. Están plantados de un modo más prolijo y son más jóvenes y alegres. Tus árboles son viejos, las raíces crecieron tanto que rompieron todas las veredas. Y tienen unos frutos que largan esas gotas que parecen sangre. La tía Susy pidió permiso en el trabajo para ir a buscarte. Te dejó con tu prima Mora en el departamento y se fue otra vez a trabajar. Hay unas milanesas en el frízer, dijo la tía cuando se bajaron del auto. Mora es tan grande que sabe encender la hornalla y freír milanesas. Tiene un aro en la ceja, unas calzas llenas de agujeros y una pollera cortita. Comieron sánguches de milanesa en la mesa de la cocina y te entraron ganas de ser como ella. Pero en tu casa está mamá, papá, tu hermanita y el bebé que está por nacer. No te van a dejar ser así.

Mora te preguntó si besaste a un chico alguna vez. Te pusiste colorada y mentiste, dijiste que sí. ¿Pero con la lengua?, te preguntó Mora. Negaste con la cabeza

pensando en lo asqueroso de chupar una lengua. Mora te contó que una amiga suya le chupa el pito a su novio, y que otra amiga quedó embarazada y se hizo un aborto. Nunca escuchaste a nadie hablar así, estás confundida, aturdida. Querés que vuelva la tía Susy. Pero sabés que tenés que ser grande, y parece que ser grande es ser así, como Mora y sus amigas. Mora estaba del otro lado de un río que vos tenías que cruzar. Todo el tiempo está con el celular en la mano mandando mensajitos. Después de comer te lleva a su pieza. Hay una cama que se saca de debajo de la suya. Parece que ahí vas a dormir.

Cuando llegó la tía te sentiste aliviada, su presencia te devolvió al mundo que habías empezado a dejar atrás.

Mora te pintó las uñas de negro y fueron con la tía a comer una pizza por ahí.

El viernes te despertaste temprano, Mora dormía. La tía se había ido a trabajar. Te preparaste una chocolatada fría y la tomaste mirando Bob Esponja. Mora se levantó y te llevó a conocer el subte. Después se bajaron y fueron a una plaza en donde había otras chicas vestidas como ella, y algunos chicos con pantalones tan bajos, que se les veían los calzoncillos. Te morías por saber cuál era la que se había hecho un aborto, pero no querías preguntarle a Mora porque no podías pronunciar esa palabra. La tía Susy pasó por la plaza al mediodía y te levantó a vos. Mora quiso quedarse con sus amigos. Susy te llevó a conocer el obelisco, que no te pareció para nada atractivo. Después fueron al jardín botánico, y después a casa. Mora ya estaba ahí, mandando mensajitos desde su celular. Tenía los auriculares puestos y ni siquiera te miró.

El sábado fue divertido. Conociste La Boca, San Telmo, y la tía te compró una minifalda en un shopping.

El domingo a las siete de la tarde sale el colectivo a Rosario. Tu papá te va a esperar a las once de la noche. Sale de casa solo, camina una cuadra hacia la Terminal, que queda a tres cuadras. Paran dos tipos en moto, se baja uno y le pide la plata. Tu papá mete la mano en el bolsillo y le da los pocos pesos que tiene. El tipo saca un cuchillo y se lo clava en el pecho. Uy, papá no puede respirar. La remera blanca está roja de tanta sangre. Se arrastra hasta tu casa. Alcanza a tocar timbre y muere en la puerta.

En la Terminal te espera Marta, la vecina. Te dice que tu papá tuvo un accidente, que está grave. En la puerta de tu casa hay un charco de sangre. Tratando de esquivar el charco, entrás con tu pollerita nueva, con las uñas pintadas de negro y los ojos delineados. Y el tiempo empieza a correr.

VIRGINIA DUCLER

(Rosario, 1967). Es Licenciada en Letras, graduada en la Universidad Nacional de Rosario. Se ha especializado en lengua y literatura alemanas. Ha publicado cuentos en diversas antologías, revistas y suplementos literarios. Ha ganado numerosos premios y menciones. Tiene en su haber una vasta producción (novelas, cuentos, nouvelles), aún inédita.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

La observación / narrativa
Marcelo Cohen

Maltratado de Crítica / poesía
David Wapner

De las Indias con amor / narrativa
Natalia Reynoso Renzi

Sobre mi mesa más limpia / poesía
José A. González

Molgo Raf / narrativa
Alejandro Dato

Descargalos en
www.edicionesrevolver.com

INDICE

Créditos	3
Los zapatos del ahorcado	5
El sorteo	11
La bolsa	15
Casi nada	20
Pequeña	23
Ignacio y Cristina	27
El tiempo	32
Virginia Ducler	36
Otros títulos publicados	37